

TOLERANCIA | TOLERATION | TOLERÂNCIA

Filosofía iberoamericana y aspectos diversos de la tolerancia
Ibero-American Philosophy and Varied Aspects of Tolerance

Augusto Castro, Victor J. Krebs
Editores/Editors

Capítulo 28

CENTRO
DE ESTUDIOS
FILOSÓFICOS



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Tolerancia: Filosofía iberoamericana y aspectos diversos de la tolerancia
Toleration: Ibero-American Philosophy and Varied Aspects of Tolerance
Augusto Castro, Victor J. Krebs (editores)

© Augusto Castro, Victor J. Krebs, 2012

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Coordinador general de la colección *Tolerancia* / *General Coordinator of the Toleration series*:
Miguel Giusti

Diseño de cubierta e interiores: Gisella Scheuch

Diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: enero de 2012

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-01174

ISBN: 978-9972-42-988-0

Registro del Proyecto Editorial: 11501361200076

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

Hechos y maneras de ver

Al estudiar el pensamiento tardío de Wittgenstein asistimos muy frecuentemente a una confrontación, no pocas veces dramática, entre dos maneras de tratar los problemas filosóficos y de comprender aquello que nos produce perplejidad, o incluso desasosiego, cuando filosofamos. De acuerdo con una de ellas, las cuestiones filosóficas deben verse como cuestiones empíricas y, por consiguiente, deben resolverse haciendo uso de métodos de explicación causal y de teorización característicos de las ciencias naturales. Para Wittgenstein esta manera científicista de filosofar es fuente de confusiones y oscuridades. A ella él opone otra forma de practicar la filosofía, mediante la cual se busca disipar nuestras inquietudes de carácter filosófico por medio de descripciones y comparaciones que lleguemos a aceptar como satisfactorias y que puedan llevarnos a cambiar nuestra actitud frente a lo que nos parece problemático, de modo que ya no lo veamos como tal, sino como algo natural, ordinario, que no necesitemos o queramos explicar. A través de este cambio en nuestra actitud y en nuestra manera de ver lo que nos inquieta, la filosofía y nosotros seríamos llevados de la confusión e intranquilidad al reposo. A esta oposición que estamos presentando aquí de modo tan general se refieren las siguientes palabras de las *Lecciones sobre estética*:

I am in a sense making propaganda for one style of thinking as opposed to another.
I am honestly disgusted with the other.

[...] How much we are doing is changing the style of thinking and how much I'm doing is changing the style of thinking and how much I'm doing is persuading people to change their style of thinking¹.

En esta ponencia se tratará, en primer lugar, de examinar cómo se oponen estos dos estilos de pensar en un caso particular, a saber, el de cómo comprender ciertas experiencias o impresiones estéticas. Intentaremos, pues, aclarar, tanto la posición de Wittgenstein contra el uso de explicaciones causales en este caso, como su forma de entender el tipo de «razones» o consideraciones, que, a diferencia de las primeras, sí serían relevantes y adecuadas para disipar nuestras perplejidades respecto a cuestiones estéticas. También discutiremos brevemente la cuestión de si hay criterios generales y objetivos para decidir si un problema específico debe o no resolverse mediante consideraciones empíricas, en particular, recurriendo a hipótesis causales. Finalmente, se harán algunas sugerencias acerca de cómo el caso

¹ WITTGENSTEIN, Ludwig. *Lectures and Conversations on Aesthetics, Psychology and Religious Belief*. Compiled from Notes taken by Yorick Smythies, Rush Rhees and James Taylor, edited by Cyril Barrett, Basil Blackwell, Oxford, 1966, III, §§ 37 y 40, p. 28.

de la estética puede arrojar luz sobre el asunto más general de cómo se oponen estos dos estilos de pensar en la filosofía tardía de Wittgenstein.

El vehemente rechazo de Wittgenstein a la idea de que los problemas de la estética son de carácter empírico y que, como tales, deben ser solucionados por medio de explicaciones, teorías o procedimientos científicos, queda expresado muy tajante y claramente en algunos pasajes de sus *Lecciones*:

One interesting thing is the idea that people have of a kind of science of aesthetics. I would almost like to talk of what could be meant by Aesthetics.

You might think Aesthetics is a science telling us what's beautiful —almost too ridiculous for words. I suppose it ought to include also what sort of coffee tastes well².

People often say that aesthetics is a branch of psychology. The idea is that once we are more advanced, everything —all the mysteries of Art— will be understood by psychological experiments. Exceedingly stupid as the idea is, this is roughly it.

Aesthetic questions have nothing to do with psychological experiments, but are answered in an entirely different way³.

Para comprender esta oposición a la idea de una ciencia de la estética, tendríamos que tener alguna claridad sobre la idea de ciencia que se está presuponiendo aquí, y una comprensión de esta, si bien muy parcial, puede obtenerse si se toma en consideración la discusión de Wittgenstein acerca del papel de las explicaciones causales en estética, lo cual requiere, a su vez, tomar en consideración los sentidos de causa que Wittgenstein distingue en estas *Lecciones*. En el párrafo 12 de la parte II de ellas, se distinguen tres usos del término 'causa':

1. Un uso que podría denominarse estadístico y que se da cuando se halla empíricamente una correlación entre instancias de dos tipos de fenómenos. Se da este uso, por ejemplo, cuando se dice que el maltrato infantil es una de las causas de la violencia en cierta región y se busca confirmar tal afirmación recurriendo a datos estadísticos que muestren que un alto porcentaje de personas adultas que viven allí y muestran un alto grado de comportamiento violento han sufrido maltratos en su niñez. En este sentido de causa, puede haber, claro está, varias posibles causas de la violencia (cabe anotar que este uso estadístico de causa puede verse complementado con explicaciones causales en sentido mecanicista, ver [3] abajo).
2. Como ejemplo de un segundo uso del término «causa», Wittgenstein da el siguiente: se pregunta a alguien por la causa de que haya saltado y este responde que escuchó un ruido. Una diferencia clara con respecto al uso estadístico es que en este segundo uso se puede hablar de relación causal entre dos fenómenos particulares, mientras que en el primero la correlación se da entre

² Ib., II, §§ 1-2, p. 11.

³ Ib., II, §§ 35-36, p. 17.

fenómenos que se dan repetidamente formando clases o grupos. Queda abierta aquí la pregunta de si aquí cabría hablar más bien de «razón» o «motivo» en lugar de «causa» y la cuestión de cómo aclarar estas distinciones.

3. El tercer uso de «causa» se aplica a casos en los que las relaciones causales pueden explicarse en términos del funcionamiento de algún tipo de mecanismo. Ejemplos de este uso de causa pueden ser, entonces, los siguientes⁴: «la causa de que este pistón se mueva es la presión con que el aire calentado empuja esta parte de la máquina», «la causa de que el brazo se mueva así es que este músculo se contrae así» o «le duele porque tales partes de su cerebro están estimuladas». Se podría hablar entonces de causas mecánicas y es claro que este tipo de causa juega un papel muy importante en la física moderna que se apoya precisamente en una imagen mecanicista del universo, de acuerdo con la cual este es concebido como un complejo mecanismo regido por leyes naturales comparables a aquellas que gobiernan el funcionamiento de una máquina fabricada por el hombre (por ejemplo el motor de un carro). Cabe mencionar aquí que es principalmente la mecánica newtoniana el paradigma de ciencia, que, según Wittgenstein, ha ejercido una perniciosa influencia en filósofos que han querido volver a la filosofía un actividad científica⁵.

Estos tres usos de «causa» pueden darse como respuesta a preguntas de la forma «¿Por qué...?», pero no todas las respuestas a tales preguntas tienen que ser de alguno de estos tres tipos. En el contexto de estas *Lecciones*, a Wittgenstein le interesan en particular, aunque no exclusivamente, preguntas (que pueden plantearse en esta forma) en las que se expresa nuestra perplejidad acerca de ciertas experiencias o impresiones estéticas. Se trata de experiencias como las que vivimos cuando escuchamos una melodía que nos gusta y a la vez nos entristece mucho o leemos un poema que nos produce (no prejuzguemos y pensemos de inmediato que se trata de algo producido por una «causa» en el sentido (3)) una profunda emoción o cuando casi rompemos en llanto al mirar un paisaje en un remoto y abandonado lugar que solíamos visitar en nuestra infancia.

Para Wittgenstein las «explicaciones estéticas» (si se las quiere llamar así) que uno esperaría recibir cuando nos planteamos preguntas como: ¿Por qué esta pintura me impresiona de manera tan honda? ¿Por qué esta interpretación de esta pieza musical me provoca esta profunda tristeza?⁶ —no son explicaciones causales ni en sentido

⁴ Se podría incluso pensar que el ejemplo anterior de Wittgenstein debe completarse de modo que se muestre que ilustra este tercer uso de 'causa'.

⁵ Cf. WITTGENSTEIN, Ludwig. *Lectures and Conversations on Aesthetics, Psychology and Religious Belief*, IV, § 1.

⁶ Un ejemplo que parece ser muy diferente, pero que de hecho Wittgenstein discute en este contexto, es el de nuestra reacción de desaprobación al ver que el sastre ha cortado un vestido, dejándolo demasiado largo. Este tipo de ejemplos (otro podría ser el del sabor del café) servirían para mostrar que desde el punto de vista de Wittgenstein la estética *no solo* debe ocuparse de objetos tan «sublimes» como las grandes obras de Arte (por ejemplo, una composición de Charles Mingus o un cuento de Juan Rulfo). Asimismo, otra clase de preguntas que valdría la pena considerar y comparar con las anteriores estaría constituida por aquellas en las que se piden justificaciones de juicios que expresan valoraciones estéticas:

estadístico, ni en sentido mecanicista⁷. De acuerdo con su punto de vista, estos tipos de explicaciones serían en estos casos completamente irrelevantes, no tocarían ni se acercaría en lo más mínimo a las cuestiones que nos inquietan o intrigan. Se trataría de explicaciones como las siguientes: «las vibraciones de aire que entran en sus oídos hacen mover estas partes, lo que a su vez excita estos nervios que conducen una señal eléctrica a estas neuronas y, entonces, etc.». o «de acuerdo al último estudio estadístico realizado por un grupo de psicólogos experimentales de la Universidad X el 83% de un grupo de personas cuya formación educativa ha tenido estas y estas características tienen tal y tal impresión cuando observan esta pintura de Rembrandt, mientras que el 92% de este grupo de personas cuya formación educativa no tiene tales características no reciben la impresión en cuestión al ver la misma pintura. La evidencia empírica habla claramente a favor de que usted recibe esa impresión porque etc. ...».

Al respecto de este tipo de explicaciones se lee en las *Lecciones*:

The sort of explanation one is looking for when one is puzzled by an aesthetic impression is not a causal explanation, not one corroborated by experience or by statistics as to how people react⁸.

Pero, entonces, ¿qué tipo de comprensión de nuestras impresiones estéticas hemos de buscar, si no es el que puedan aportar las explicaciones causales, científicas? ¿Cómo debe responderse, según Wittgenstein, a nuestras preguntas estéticas, dado que él rechaza como irrelevantes tales explicaciones? Moore relata en sus notas de unas clases dictadas por Wittgenstein lo siguiente:

Dijo que *las razones* en la Estética tienen «la naturaleza de descripciones añadidas»: por ejemplo, se puede hacer ver a una persona qué es lo que Brahms quería decir mostrándole distintas obras de Brahms, o comparándolo con un autor contemporáneo; y todo lo que hace la Estética es «atraer la atención a una cosa», «colocar las cosas una al lado de otra». Dijo que si, al dar este tipo de «razones», se hace que otra persona «vea lo que uno ve» pero sin embargo esto «no le atrae», ése es «un final» de la discusión; y que lo que él, Wittgenstein, defendía «en el fondo» era «la idea de que las discusiones estéticas se parecían a discusiones en un tribunal de justicia», donde se intenta «aclarar las circunstancias» de la acción que está siendo juzgada, con la esperanza de que, al fin, lo que se dice «atraiga al juez». Dijo que el mismo tipo de «razones» se dan, no solo en Estética, sino también en Filosofía⁹.

¿Por qué considera usted que este intérprete ha echado a perder la sonata? ¿Por qué piensa que estas notas deben tocarse así y no de esta otra manera? ¿Por qué dice usted que Dostoievski es más profundo que Tolstoi?

⁷ De estas últimas él llega a decir incluso que es imposible darlas, cf. WITTGENSTEIN, Ludwig. *Lectures and Conversations on Aesthetics, Psychology and Religious Belief*, III, § 8, p. 20.

⁸ *Ib.*, III, § 11, p. 21.

⁹ MOORE. «Las clases de Wittgenstein durante el período 1930-1933». En L. Wittgenstein. *Ocasiones filosóficas*. Madrid: Cátedra, 1997, p. 130.

Un primer punto que queremos resaltar de esta manera de entender las «razones» en estética —y, significativamente, también en filosofía— es que ellas pueden verse como comparaciones. Se las denomina «descripciones añadidas», pero, a juzgar por el ejemplo de Brahms, se trataría de describir casos que uno debe comparar con, «poner al lado de», el caso que uno desea comprender (y no, claro está, de describir cualidades verificables empíricamente en el objeto que provoca una impresión estética y que puedan concebirse como las causas de ella). Tales comparaciones deben llevarlo a uno a prestar atención a ciertas cosas y finalmente a ver el caso que lo inquieta o intriga de cierta manera, como nos lo quiere hacer ver quien nos da las «razones»¹⁰. Ellas, para que sean efectivas, para que nos conduzcan a una manera de ver el «objeto estético» que le dé un sentido y un valor particulares al mismo y que nos permita comprender la impresión o experiencia que vivimos al contemplarlo (o escucharlo, etcétera), deben, pues, tener un carácter persuasivo. Quien las recibe debe aceptarlas como satisfactorias o correctas; dicho en otras palabras, debe reconocer que la manera de ver el fenómeno estético que fue sugerida por las razones o comparaciones es esclarecedora y aporta una comprensión de este que despeja nuestras perplejidades e inquietudes. El fenómeno se ve ahora bajo una luz que permite una comprensión de él que se acepta como suficiente y satisfactoria (en el mejor de los casos como plena). Pero puede ocurrir que a través de las comparaciones y prestando atención a ciertos rasgos o detalles de aquello que nos provoca la perplejidad o la impresión estética, uno no vea lo que se nos quiere hacer ver, o que finalmente uno lo vea, pero que no le «atraiga», es decir, que no aceptemos la manera de ver a la que llegamos a través de las «descripciones añadidas» o las comparaciones, como satisfactoria. Las «razones estéticas» que se nos dan deben, pues, ser aceptadas por nosotros como buenas razones y esto dependería de que la manera como hemos llegado a ver lo que nos intriga nos deje satisfechos y calme nuestra ansia de explicarlo. Esta aceptación es, pues, para Wittgenstein, un criterio importante para decidir si las razones dadas son correctas:

Aesthetic questions have nothing to do with psychological experiments, but are answered in an entirely different way. [...] The answers in these cases is the one that satisfied you, e.g. someone says (as we often say in philosophy): «I will tell you what is at the back of your mind: ...»

«Oh yes, quite so».

The criterion for it being the one that what was in your mind is that when I tell you, you agree. This is not what is called a psychological experiment.

[...] You could say: «An aesthetic explanation is not a causal explanation»¹¹.

¹⁰ Wittgenstein relaciona explícitamente sus observaciones sobre «ver y ver como» y sobre el «fulgurar de aspectos» en la segunda parte de sus *Investigaciones filosóficas* con lo que suele decirse en discusiones sobre asuntos estéticos: «Aquí se me ocurre que, en conversaciones sobre objetos estéticos, se usan las palabras: «Tienes que verlo *así*, esta es la intención»; «Si lo ves *así*, ves dónde está el error»; «Tienes que oírlo en esta clave»; «Tienes que expresarlo *así*» (y esto puede referirse tanto al escuchar como al tocar)». *Investigaciones filosóficas*, parte II, XI, p. 465.

¹¹ WITTGENSTEIN, Ludwig. *Investigaciones filosóficas*, II, §§ 37-38, pp. 17-18.

Comparemos ahora los ejemplos que dimos de explicaciones causales con estas otras «razones estéticas»: «¿Acaso no lo ve? Esta pintura es el mejor retrato del dolor del mundo cayendo sobre nuestra alma. Fíjese en el rostro desgarrado que muestra que el alma ya no soporta ese enorme peso; piense en el horror de la guerra y, etcétera... » u «Oiga bien el sonido de la trompeta cuando empieza el solo, ... suena como un niño tendido en el suelo gimiendo porque extraña a su madre. No trae a la memoria esto aquella ocasión en que etc...». Mucha gente podría decir al oír estas «explicaciones» o «razones»: «no comprendo nada de lo que está diciendo» o «¡Qué absurdo! ¡Sus palabras son ininteligibles!». También se puede reaccionar a ellas diciendo: «¡Sí, podría vérselo como usted lo pone, pero creo que aquí se está expresando algo diferente. En todo caso, eso que usted ve no es lo que me impresiona tanto!». Y, quizá, ese sería el final de la discusión, o habría que buscar otros símiles que resulten más iluminadores. Pero supongamos que el que formula las preguntas y está realmente inquietado por ellas, reacciona de manera muy diferente y dice con toda sinceridad y seriedad: «¡Claro! ¡Eso es! ¡Ha dado usted en el clavo! ¡Es *exactamente* como usted dice! No se puede expresar esto de manera más acertada a como usted lo hace y ahora comprendo perfectamente porque la obra me impresiona así»¹². La persona ha recibido el tipo de explicación que esperaba, queda satisfecho con ella y la acepta como la explicación correcta. Esta aceptación es, para Wittgenstein, en estos casos, un criterio para juzgar que la explicación o las razones dadas son correctas y no solamente parecen correctas. Aquí se aprecia una diferencia importante entre las razones estéticas y las explicaciones causales. En efecto, una explicación causal que acepto como satisfactoria puede ser rechazada luego de ciertos experimentos o pruebas empíricas como totalmente errónea. Mi aceptación de la explicación causal como satisfactoria no vale como criterio de su corrección. Podríamos decir que la validez o corrección de las explicaciones depende de los hechos y cómo ellos están conectados entre sí (por ejemplo si se dan ciertas correlaciones empíricas entre ellos), mientras que la corrección de las razones estéticas depende, más bien, de nuestras maneras de ver los hechos y de las conexiones que nosotros mismos establecemos entre ellos por medio de comparaciones, énfasis, ordenaciones. Estas maneras de ver los hechos y estas maneras de establecer, y no descubrir, relaciones entre ellos no parecen estar determinadas causalmente por los hechos mismos; aunque un psicólogo podría insistir en explicar causalmente por qué hacemos ciertas comparaciones o valoraciones estéticas y por qué ciertas razones nos dejan satisfechos y otras no. La pregunta que surge aquí es si tales explicaciones son posibles y de serlo, si nos ayudan a aclarar lo que podríamos denominar «nuestras perplejidades estéticas».

¹² Es *como si* las palabras del otro hubiesen hecho en él un «clic»; Wittgenstein usa esta expresión, pero decir esto, creo, revela una inclinación muy profundamente enraizada en nosotros a ver y formular el asunto a través de imágenes mecánicas; después de todo, «clic» es lo que uno suele oír en un mecanismo que está funcionando de cierta manera; oprimo el interruptor, se oye el 'clic' y se prende la luz o se empieza a escuchar la música o el ruido de la aspiradora.

Hasta aquí hemos tratado de aclarar la oposición entre dos maneras de tratar cuestiones estéticas, en particular aquellas que tienen que ver con la forma en que nos impresionan ciertas experiencias estéticas y la forma en que tratamos de comprender su sentido y valor. Pero no ha quedado aún claro qué tipo de razones pueden esgrimirse para adoptar una de estas dos maneras y rechazar la otra, para mostrar que una de ellas es, en algún sentido, correcta y la otra inadecuada. ¿Da Wittgenstein razones para rechazar el cientificismo en estética y, en general, en filosofía? ¿Se trata más bien de una aversión personal, si bien puede ser compartida por muchos otros, que él siente (como lo reconoce explícitamente en el primer pasaje que citamos de sus *Lecciones sobre estética*) por el estilo de pensar de cuyo uso en filosofía él quiere disuadirnos? ¿Hay criterios objetivos y generales para establecer si un problema ha de solucionarse o no recurriendo a explicaciones causales? Acerca de esta última pregunta haremos a continuación algunas breves observaciones.

Que algo sea un problema o no y, si nos parece un problema, que requiera un tipo de solución u otro, ello mismo no parece ser un problema puramente empírico que dependa exclusivamente de los hechos y sus conexiones causales. En muchos casos, algo nos resulta problemático o deja de serlo, dependiendo de nuestra actitud frente a las cosas, nuestra manera de verlas¹³; y nuestras actitudes y maneras de ver las cosas pueden cambiar o hacerse cambiar sin que cambie aquello frente a lo cual adoptamos tal actitud, aquello que vemos así y no así. También la manera de resolver un asunto que nos parece problemático parece, muchas veces, depender, de cómo se ve el asunto y de nuestra actitud frente a él. No estamos forzados por los hechos a adoptar tal o cual actitud frente a ellos, a verlos de esta manera o de la otra, como tampoco estamos obligados a tenerlos en cuenta o a un modo particular de tenerlos en cuenta para resolver lo que consideramos un problema. Tratemos de ilustrar estas palabras tan generales y vagas por medio de ejemplos concretos.

Miremos, en primer lugar, el caso de cómo se juzga acerca de los hechos en discusiones frente a un tribunal de justicia, siguiendo la sugerencia de Wittgenstein de que estas discusiones son similares a las discusiones estéticas. Nosotros, apoyados en nuestras reglas judiciales, que no nos han sido dictadas por la realidad empírica ni por nuestro conocimiento científico de ella, decidimos cómo tener en cuenta los hechos y sus conexiones causales a la hora de juzgar o establecer si una acción es imputable como un delito o no, y como cuál delito. Establecemos, mediante tales reglas, cómo valorar y juzgar los hechos y qué explicaciones y justificaciones son aceptables para decidir acerca de responsabilidades, culpabilidades, exenciones, etcétera. Además, establecemos en cada caso particular, cómo hemos de aplicar tales reglas. Decidimos, hasta cierto punto autónomamente, acerca del valor y la relevancia que la otorgamos a las explicaciones causales y a otras clases de razones en estas discusiones.

¹³ Piénsese, por ejemplo, en la cuestión de si en determinadas circunstancias de nuestra vida, el carecer de mucho dinero es o no un problema para nosotros. En tales situaciones suelen hacerse consideraciones del tipo: «visto así es un problema, pero visto de esta otra manera no lo es».

Algo análogo puede decirse acerca de nuestras discusiones de carácter moral y de nuestras maneras de aprobar o reprobar moralmente actos de nuestros semejantes. En buena medida somos autónomos, en el sentido, nuevamente, de no estar completamente determinados por los hechos mismos y por nuestro conocimiento científico de ellos y sus conexiones causales, al hacer nuestras valoraciones y juicios morales. Podemos decir que nosotros decidimos cómo aplicar términos tales como 'bueno', 'justo' y similares y que, incluso si hay reglas morales de carácter general para el uso de dichos términos, ellas no determinan de manera inexorable cómo se deben aplicar en casos nuevos¹⁴.

Lo anterior, de acuerdo con Wittgenstein, puede decirse también de términos que empleamos para hacer juicios estéticos. Para Wittgenstein la gramática del término 'bueno' es similar a la del término «bello». En las notas de Moore de las clases sobre estética, se lee:

Lo que sí trató con detalle fue, no la Ética, sino la Estética, diciendo no obstante: «Prácticamente todo lo que digo sobre 'bello' se aplica de un modo ligeramente distinto a 'bueno'¹⁵.

En cuanto a la palabra 'bueno', dijo igualmente que cada uno de los modos distintos en que una persona, A, puede convencer a otra, B, de que tal y tal es 'bueno' fija el significado en que se usa 'bueno' en esa discusión —«fija la gramática de la discusión».

[...] Para descubrir cómo usamos la palabra «bello», dijo que necesitamos considerar (1) qué es una controversia o investigación estética real, y (2) si tales investigaciones son de hecho investigaciones psicológicas «aunque parezcan tan diferentes»¹⁶.

Para Wittgenstein las razones morales o las razones estéticas que de hecho empleamos y aceptamos en nuestras discusiones contribuyen a fijar el significado de conceptos como 'bueno', 'bello', 'correcto'. Su aceptación no está, entonces, del todo determinada por el significado previo de estos conceptos. Dicho incidentalmente, esta posición de Wittgenstein es concordante y comparable con su idea de que las demostraciones matemáticas determinan el sentido de los conceptos que aparecen en el teorema que se demuestra.

Lo que venimos diciendo conduciría a pensar que en los casos que se han considerado no hay un límite que esté ya trazado, en virtud de lo que podría considerarse como la naturaleza objetiva de los problemas, entre aquellos para cuya solución son adecuadas y relevantes las explicaciones causales y aquellos que deben resolverse mediante otro tipo de consideraciones o razones. Asimismo se podría llegar a pensar que somos libres en nuestra decisión de tratarlos de una manera o de otra.

¹⁴ A juzgar por las observaciones de Wittgenstein acerca del seguimiento de reglas, este punto valdría en general para cualquier clase de reglas (también, entonces, para las reglas de inferencia en lógica y para las reglas de calcular en matemáticas).

¹⁵ MOORE. «Las clases de Wittgenstein durante el período 1930-1933», ob. cit., p. 172.

¹⁶ Ib., pp. 128-129.

Sin embargo, no puede desconocerse que ya hay de hecho para muchas discusiones, por ejemplo aquellas que se dan en ciertas comunidades ante tribunales de justicia o aquellas discusiones estéticas que se dan dentro de una cierta tradición crítica compartida, maneras más o menos establecidas de explicar o justificar y también maneras de excluir o rechazar algunas explicaciones o razones. Desde el punto de vista de Wittgenstein, se han de tener en cuenta las controversias o investigaciones estéticas reales para determinar si es adecuado o no recurrir a explicaciones psicológicas en ellas. De acuerdo con esto, su razón principal para rechazar el uso de estas explicaciones y para oponerse al cientificismo en estética radicaría en que en la práctica no las aceptamos como satisfactorias. Pero nada impide que uno trate de cambiar ciertas tradiciones, ciertas reglas, ciertas maneras de aceptar o rechazar formas de resolver problemas, por ejemplo, los estéticos. Esto, en todo caso, implicaría una enorme labor de persuasión para hacer cambiar el estilo de pensar de la gente y si no se tiene éxito en esta labor difícilmente puede evitarse el riesgo de quedarse hablando solo.

Para finalizar unas breves y, como las precedentes, muy tentativas indicaciones acerca del rechazo de Wittgenstein del cientificismo, ya no solo en estética, sino en filosofía. No es claro, en este caso más general, que haya reglas o tradiciones argumentativas y críticas bien establecidas bajo las cuales uno pueda cobijarse para justificar este rechazo. Hay, sin embargo, ciertas preguntas filosóficas para las cuales ya contamos con respuestas que se hallan, digámoslo así, ante nuestros ojos, contenidas en nuestro uso del lenguaje ordinario y en las reglas gramaticales que rigen dicho uso. Si se pregunta, por ejemplo qué es significar o qué es comprender, se puede responder aclarando cómo se usan los conceptos de significar y comprender en distintas circunstancias, cómo difieren y se asemejan dichos usos y comparándolos con usos de otros conceptos. En nuestro uso de concepto de significar se manifiesta una comprensión que puede hacerse explícita, si es necesario, a través de lo que Wittgenstein concibe como una indagación gramatical. Esto no excluye la posibilidad de realizar una indagación empírica, científica que explique la noción de significar como si se tratase de un proceso mental. Pero si la hipótesis de que significar es un proceso mental, cuya esencia pueda ser finalmente explicada recurriendo a los avances de la psicología o la neurofisiología, resulta incompatible con la gramática de este concepto, ¿Por qué habríamos de abandonar nuestros habituales y acreditados usos de él a favor del nuevo concepto explicado científicamente? ¿Qué justificaría esta reforma de nuestro lenguaje ordinario? No se trata de concebir nuestros usos ordinarios de los conceptos como intocables. Pero dado que nos hemos servido efectivamente de nuestros conceptos ordinarios en ciertos contextos, una explicación de ellos que no sea compatible con los usos habituales que les damos debería ser justificada. Se trataría, entonces, de saber si las explicaciones científicas nos dan una comprensión más clara y satisfactoria que la que obtenemos (o, mejor, recordamos) a través de una indagación gramatical. La cuestión se complica si el cientificista objeta que sus propósitos son diferentes al de lograr una comprensión clara para disipar nuestras inquietudes filosóficas, pues, entonces, habría que discutir acerca de los propósitos que se quisieran perseguir en filosofía.

Sea esto como fuere, el cientificismo en filosofía no es una extravagancia o excentricidad de unos pocos a los que podamos ignorar fácilmente (cabe preguntarse hasta qué punto el psicologismo en Estética lo es o lo era cuando Wittgenstein dictó sus *Lecciones*). Por ello y dado que no hay un límite objetivo, natural en cuya existencia uno pueda apoyarse para determinar si los problemas filosóficos en general, o alguno en especial, son de carácter empírico y deben resolverse con los métodos de las ciencias naturales o son de carácter gramatical y deben disolverse por medio de las descripciones y representaciones perspicuas que propone Wittgenstein, parece requerirse de una difícil y delicada labor de persuasión (propaganda suena todavía más feo), para oponerse al cientificismo en filosofía y para abogar por una manera distinta de practicarla. Por medio de esta labor de persuasión, Wittgenstein trataría de llevar a sus lectores a una manera de ver los problemas filosóficos que nos permita abandonar la exigencia que nos hacemos de solucionarlos dando explicaciones científicas. Ella nos debe permitir, asimismo, sentirnos satisfechos con descripciones gramaticales y comparaciones o símiles entre usos de los conceptos que nos muestren lo que se nos presentaba como un problema, como algo ordinario y natural que no requiere de explicaciones científicas ni de justificaciones últimas. El papel importante que juega la persuasión en el pensamiento tardío de Wittgenstein está, pues, íntimamente vinculado con su idea de que las dificultades en filosofía son más de la voluntad que del entendimiento y con su concepción del trabajo en filosofía como «un trabajo sobre uno mismo. Sobre la propia concepción. Sobre cómo ve las cosas uno. (Y lo que se reclama de ellas)»¹⁷.

¹⁷ WITTGENSTEIN, Ludwig. «Filosofía». En *Ocasiones filosóficas*. Madrid: Cátedra, 1997, p. 172.